

Madama Stael, testigo de aquella degradación, refiere una frase que pinta perfectamente a la clase de los hidalgos. Se hacía cargos a un hombre que llevaba un gran apellido el que se hubiera hecho chambelán, no ya del emperador ni de la emperatriz, sino de una de las nuevas altezas imperiales: "¿Qué queréis, contestó, es preciso servir a alguno." Los nobles de Francia no servían ya más que para ser lacayos de la corte. Madama Stael compara la conducta de la nobleza francesa con la de la aristocracia inglesa. Ésta no fué a amotinar la Europa contra su patria, y cuando un usurpador se sentó sobre el trono de los Stuardos, tampoco fué a mendigar empleos al palacio de Cromwell (1). La aristocracia inglesa ha representado siempre un papel glorioso en los destinos de la Inglaterra: conquistó la libertad, de comun acuerdo con los municipios, mientras que la nobleza de Francia no se distinguió nunca más que por su bravura y por su vanidad.

III.

Ahora que ya conocemos a aristocracia francesa, el odio que la Revolución la tuvo no causará extrañeza, y se comprenderá que, por la reacción contra un régimen de desigualdad que alimentaba tanta vagancia y tanta impotencia y no menos fanfarronería que flaqueza, se arrojase los hombres del 89, por de pronto en el sistema de la igualdad absoluta y después en la república. Se pregunta cómo una nación que parecía monárquica por excelencia llegó a proclamar la república por unanimidad de sus representantes; la contestación la da el antiguo régimen. Había en París, cuando estalló la Revolución, un embajador de la joven república que acababa de fundarse en el nuevo mundo. Jefferson nos dirá qué impresión le causó aquel gobierno en que dominaba la aristocracia unida a la monarquía. Escribe a un amigo el 13 de Agosto de 1786: "Si alguno mirase a los reyes, a los nobles y a los clérigos como fieles guardianes de la felicidad pública, envíadle aquí, que esta es la mejor escuela del universo para curar a uno de semejante locura; verá por sus propios ojos que estas clases de hombres forman una liga odiosa

(1) MAD. STAEL. *Consideraciones acerca de la Revolución francesa*, parte 4.ª, c. XI.

contra la felicidad de la masa de la nación. La omnipotencia de esa alianza impía no puede estar manifiesta en ninguna parte mejor que en este país, donde, a despecho del mejor suelo que existe en la tierra, del más bello clima que hay bajo el sol, y con un pueblo del carácter más benévolo, más dulce y más amable de que es susceptible la especie humana, se ve abrumado de miserias de todo género nada más que por los reyes, los clérigos y los nobles," (1).

Hé aquí lo que había hecho de la Francia el antiguo régimen; el resultado era inevitable. El egoísmo marchita todo lo que toca, y el antiguo régimen era una coalición de pasiones egoístas asociadas para explotar a la Francia. Aún bajo nuestro régimen constitucional, la monarquía viene a ser muchas veces una traba por sus sentimientos personales; y cegada, como está, por el cuidado de su conservación y de su poder, ni siquiera ve aquello que puede conservarla, y busca apoyo allí donde no se encuentra más que debilidad y decrepitud, en una nobleza ignorante é impotente y un clero que podría figurar ventajosamente entre las momias de Egipto. Entre tanto la monarquía moderna no existe más que por el pueblo, cuya soberanía está escrita en nuestras constituciones. ¿Cuál no debía ser el egoísmo y la ceguedad de los reyes en un régimen donde su capricho era la única ley! Escuchemos todavía a Jefferson, testigo de la decrepitud de aquel bello régimen.

Había en América descontentos, hombres a quienes los males que acompañan al establecimiento de una sociedad nueva los desalienta, y que por ello echaban de menos el régimen monárquico: "Enviadles a Europa, escribe Jefferson el 4 de Agosto de 1787, para que vean de cerca el cortejo obligado de la monarquía, y se curarán bien pronto de sus ilusiones. Si se pudiesen poner en una balanza todos los inconvenientes que pueden resultar entre nosotros de la forma republicana desde hoy hasta el día del juicio final, y en otra balanza todos los males que el gobierno monárquico ocasiona a este país durante una sola semana, estos últimos pesarían mucho más que los otros. No hay raza real que haya producido un hombre de sentido común en veinte generaciones..." Jefferson repite la frase de Homero de que los reyes son comedores de hombres:

(1) JEFFERSON. *Misceláneas* (trad. de COUSSEIL, t. I, p. 282).

"Las cortes aman a los lobos como los lobos aman a las ovejas," (1). Lo Jefferson dice de la monarquía se extiende a sus aliados, el clero y la nobleza. Los reyes pueden comer por sí solos un país grande y rico; necesitan comensales, y éstos no faltan jamás a la invitación que se les hace; esos comensales los nobles y los clérigos, dos castas que en Francia no hacían más que una sola, puesto que el alto clero se reclutaba en la aristocracia y el bajo clero no tenía más importancia que la plebe, de la cual salía. Esos animales voraces absorbian todas las fuerzas de Francia. Jefferson lo repite en todas sus cartas: "Es preciso ver el suelo más hermoso, mejor clima, el Estado más compacto, el carácter nacional más benévolo, en una palabra, la reunión de todas las ventajas naturales, y todas ineficaces para impedir que ese azote de la aristocracia haga de la vida un suplicio para las cuatro quintas partes de los habitantes de este país," (2).

Acabamos de oír a un republicano: para amar la república basta ver de cerca la monarquía. Esto nos explica el advenimiento del régimen democrático en Francia y la afición de pueblo a la igualdad. Los enemigos de la Revolución, comenzando por Burke, la han acusado de haberlo destruido todo, y esas acusaciones han hecho eco en Inglaterra. Uno de los últimos historiadores ingleses que han instruido el proceso a la Revolución dice que la Asamblea constituyente, al abolir la nobleza y los mayorazgos, dió un golpe mortal a la libertad (3). Los escritores ingleses no pueden prescindir de juzgar a la aristocracia bajo el punto de vista de Inglaterra, ilusión imperdonable en un historiador. Si la aristocracia inglesa ha desempeñado una misión gloriosa en el desenvolvimiento de la libertad, consiste en que no es un cuerpo cerrado, egoísta y lleno de desden y de desprecio hacia el pueblo; antes, al contrario, se recluta en el seno de la nación. Pero ¿qué es lo que ha representado siempre la nobleza francesa? ¿Qué representaba en 1789?

IV.

¿Se quiere saber lo que preocupaba a los nobles en los momentos en que los electores redactaban

(1) JEFFERSON. *Misceláneas* (trad. de COUSSEIL, t. I, p. 299, 334).

(2) JEFFERSON. *Misceláneas* (trad. de COUSSEIL, t. I, p. 285).

(3) ALISON. *Historia de la Europa desde la Revolución francesa hasta nuestros días*, t. III, p. 56.

instrucciones para sus representantes? En un gran número de actas de aquella primera clase se proponía el establecimiento de un *tribunal heráldico encargado de comprobar los títulos*. ¡Un tribunal heráldico en 1789! La necedad no podía ir más lejos. ¡Y esos hombres pretendían gobernar la Francia! La nobleza, tan celosa de sus pergaminos, era al mismo tiempo la más opresora de las castas. En la célebre noche del 4 de Agosto de 1789, el vizconde de Noailles exclamó: "No es una constitución lo que nos han pedido los comunes, es desde luego la supresión ó la transformación de los derechos señoriales." Sí, lo que hizo la Revolución popular fué la abolición del feudalismo, y fueron los abusos feudales los que hicieron sublevar a la nación. ¿Quién mantenía esos abusos, quién se aprovechaba de ellos, quién los quería perpetuar como la más sagrada de las propiedades? La nobleza. Sin embargo, no son los excesos y los abusos del feudalismo por lo que nosotros acusaremos a la aristocracia francesa: la opresión no es más que un mal pasajero. El gran crimen de la nobleza es el haber viciado el espíritu de la nación. Nosotros nos extrañamos y nos afligimos de ver a un gran pueblo doblando el cuello bajo el yugo de la fuerza, aclamando hoy la república y votando mañana por el imperio. ¿Pero qué hay en esto de extraño! ¿Cómo podría un pueblo mantener y dar culto al derecho, cuando durante largos siglos ha sido gobernado por una casta que hacía alarde del más insolente desprecio a la ley? Aquí tocamos en una llaga viva de la nación francesa, llaga que hay que sondar sin piedad a fin de que recaiga la responsabilidad sobre el verdadero culpable. Y el verdadero culpable es la nobleza.

En 1789 escribía Condorcet en un periódico unas cuantas páginas dirigidas a los amigos de la libertad sobre los medios de asegurar su duración (1). El filósofo pone la mano sobre la llaga que hemos señalado y muestra a los nobles, aún a aquellos mismos que estaban encargados de administrar justicia, colocándose por cima de la ley. "En todas sus causas tenían medios de eludir los fallos ó de sustraerse a ellos. El derecho de no pagar sus deudas más que voluntariamente había llegado a ser una especie de privilegio para los presidentes de los parlamentos. En los impuestos directos so-

(1) *Diario de la Sociedad de 1789*, núm. 10 (Obras de CONDORCET, t. X, p. 177, ed. Arago).

bre las tierras, se pasaba por alto á todo aquel que tenía alguna influencia. En nuestros mismos días se ha visto obligado el ministro á trasladar á un intendente, porque se había atrevido á imponer una veintena á una tierra de un primer presidente. Y mientras que con un rigor extremo se exigía y se vendían en público remate los muebles del pobre que no había pagado, ni siquiera se atrevían á recordar á un gentilhombre por medio de una atenta carta el olvido del pago que se suponía involuntario. Las leyes de policía no existían más que para las gentes de consideración. Ese desprecio de las leyes, mirado como una prerrogativa de la grandeza, debía naturalmente llegar á ser anhelo y pretension de toda la nobleza y de toda la magistratura, de suerte que de grado en grado, la fiel obediencia á las leyes no se entendía más que con la última clase del pueblo, y el primer deber de un ciudadano venía á constituir la prueba de un Estado envilecido por la preocupación; esas cadenas se han roto, pero era difícil que aquellos que estaban dispensados de obedecer las leyes y aquellos otros á quienes por desprecio se les obligaba á obedecerlas encontrasen en el fondo de su corazón aquel profundo respeto que racionalmente se debe á leyes iguales y protectoras.

¡El respeto á la ley, la obediencia á la ley mirada como una muestra de envilecimiento! ¡Las leyes buenas para los pecheros, mientras que todos aquellos que tenían poder las violaban y encontraban en esa violación un distintivo de su grandeza! Ese régimen duró por espacio de siglos. ¡Qué profunda desmoralización y qué preñada de funestas consecuencias! Dice bien Condorcet: en vano fué que la igualdad se proclamara en el 89; las clases dominantes despreciaron las nuevas leyes, como habían despreciado las antiguas, y llevaron su insolencia hasta el punto de atacarlas á mano armada. Y el pueblo, llegando á ser el igual de sus señores, ¿qué respeto podía tener á leyes que se hacían en su nombre y que no siempre eran de su gusto? Se le había enseñado que la obediencia á las leyes era una marca de servidumbre; había sido obligado á obedecer, porque era el más débil; ahora era el soberano, y le llegaba su turno de no obedecer las leyes. ¡Demostraba de este modo que era libre! ¡Ah! ¡era precisamente el mejor medio para no hacerse nunca digno de la libertad! Condorcet pronosticó en 89 lo que suce-

dió en 1800 y lo que se realizó en 1852: "Un pueblo en el cual el respeto á la ley no es un sentimiento que esté obligado á tener todo hombre lo mismo que el del honor, un pueblo semejante no puede esperar ser libre. Si adquiere la libertad, está condenado á perderla después de haber fluctuado más ó ménos tiempo en la anarquía." La predicción de Condorcet se ha cumplido y se realizará siempre y dondequiera que no se rinda culto al derecho: nada más natural ni tampoco hay nada más necesario. Allí donde el derecho no es respetado, la sociedad está continuamente á merced de la fuerza. Una sublevación proclama la república; se planta árboles de la libertad, y se grita: ¡viva la república! Al día siguiente, un golpe de Estado echa abajo la república; se arrancan los árboles de la libertad, y se grita: ¡viva el emperador! como se gritaría viva el Gran Turco, si el Gran Turco fuese emperador. No es así como los Ingleses y los Americanos entienden la libertad. En Inglaterra, el respeto á la ley llega hasta la superstición; quizá es un exceso, pero gracias á ese exceso, allí no se ven golpes de Estado, y no le pasa á nadie por la imaginación el destruir la ley ó reformar la carta por medio de la fuerza. Podría creerse que el excesivo respeto á la ley es un estorbo para el progreso; muy lejos de ello; entre los Ingleses el progreso se verifica lentamente, es verdad, pero con inmensas garantías de duración.

V.

Ahora se comprenderá el grito de igualdad que resonó en 89, lo que tenía de legítimo y lo que tuvo de funesto. Los historiadores franceses dicen que el antiguo régimen había sido una larga educación del pueblo en la senda de la igualdad. ¡Igualdad engañosa! dice un hombre del 89: "¡*Todo es igual!*" exclamaba Sieyès; ¿acaso es por espíritu de igualdad por lo que se decretó la exclusión más deshonrosa para el pueblo de todos los cargos y de todas las profesiones más distinguidas?... ¡*Todo es igual!* ¿Es acaso por espíritu de igualdad por lo que en todos los negocios que se suscitan entre un privilegiado y un hombre del pueblo, está éste seguro de ser impunemente oprimido, por lo mismo que necesita recurrir á los privilegiados cuando tiene que pedir justicia?... ¡*Todo es igual!* Entonces, ¿por qué los agentes de la policía ejercen

temblando sus funciones con el privilegiado, aún cuando sea cogido en flagrante delito, mientras que tratan con tanta brutalidad al pobre á quien sólo se acusa por sospechas? ¿Por qué los privilegiados, aún cometiendo los crímenes más horribles, casi siempre se sustraen al castigo?... ¡*Todo es igual!* ¿Es acaso por espíritu de igualdad por lo que degradais al criminal privilegiado, es decir, le colocáis en el orden común, á fin de hacerle aparentemente apto para sufrir el suplicio? ¿Qué diríais, si la ley, ántes de castigar á un criminal de la clase del pueblo, tuviese la atención de purificar su clase, dándole carta de nobleza? ¡*Todo es igual!* Y la ley dicta penas diferentes para el privilegiado y para el que no lo es, y parece que sigue con pena al criminal que es noble, acompañándole compasivamente hasta el cadalso." (1).

La desigualdad fué la maldición del antiguo régimen, que viciaba todas las relaciones sociales, hasta en el santuario de la justicia, allí donde debería reinar la santa igualdad. En las campañas se manifestaba la desigualdad á cada hora, á cada instante de la vida, con mil vejaciones feudales. No había un pechero que no tuviese que sufrir en sus intereses, en su dignidad ó en su orgullo, por la vagancia y la altanería nobiliarias. De ahí la explosión de odios que estallaron contra la nobleza en 1789. Mirabeau escribe al conde de la Marck: "La nación entera mira á los nobles en general como sus más implacables enemigos." (2). Nada más característico que el epígrafe que se encuentra á la cabeza del periódico más popular de la Revolución: "Los grandes no nos parecen grandes sino porque estamos de rodillas. *Levantémonos.*" (3).

Ese grito de la Revolución resonó en el corazón de todos los pecheros, es decir, de todo el pueblo. ¿Y qué era el pueblo? Todo, respondió el abate Sieyès. ¿Con qué título, exclamó, pretenden los aristócratas mantener al pueblo en la opresión? Nosotros conocemos ese título: se creían los descendientes de los Francos que conquistaron la Galia. Pero el título va á volverse contra ellos, y desgraciadamente contra la Francia. Si su título es la conquista, responde Sieyès, la cuestión entre nosotros y la nobleza es de fuerza: "¿Por qué no ha-

bíamos de enviar á los bosques de la Franconia á todas esas familias que conservan la loca pretension de ser oriundas de la raza de los conquistadores y de haber heredado los derechos de conquista? Purificada entonces la nación, yo creo que podría consolarse de verse reducida á no estar compuesta más que de los descendientes de los Galos y de los Romanos. Y en verdad que si se empeñan en querer distinguir orígenes de orígenes, podría muy bien enseñarse á nuestros pobres conciudadanos que la cuna de los Galos y de los Romanos vale por lo ménos tanto como la de los Sicambros, de los Welches y otros salvajes salidos de los bosques y pantanos de la antigua Germania. ¿Se nos dice que la conquista ha cambiado todas las relaciones y que la nobleza de sangre ha pasado al campo de los conquistadores? Pues bien, hagámosles volver allá de donde han venido; el pueblo volverá á ser noble volviendo á ser conquistador á la vez." (1).

En esas célebres palabras hay un abismo de desgracias. Se culpa de ellas al abate Sieyès; pero ¿es él el que ha inventado la genealogía que atribuí la nobleza á los Francos del siglo V? ¿Es él el primero que representó á la sociedad francesa como un campo de batalla en el cual había, de una parte, algunos miles de vencedores explotando insolentemente su victoria, y de la otra, la masa de la nación pisoteada y oprimida á título de vencidos? Si la sociedad es un estado de guerra, y tal era la pretension de los aristócratas, el poder entonces ¿no será del más fuerte? Los conquistados, haciéndose á su vez conquistadores, se aprovecharán de su victoria, como lo habían hecho los aristócratas, y de conquista en conquista, ¿qué vendrá á ser la Francia? Una nación que no reconozca más que el derecho de la fuerza queda entregada á la anarquía, y la anarquía engendra fatalmente el despotismo. Ese es el gran crimen de la aristocracia francesa.

El folleto del abate Sieyès hizo que se olvidasen otros muchísimos que inundaron la Francia en el 89. Se nos permitirá que citemos algunos, porque dan á conocer el estado de la Francia mucho mejor que las brillantes discusiones de la Asamblea nacional. Hé aquí un folleto que exclama: *¡á las armas!* y que lanza ese grito contra la nobleza: "Fri-

(1) SIEYÈS, *¿Qué es el tercer estado?* c. IV. § 4.(2) MIRABEAU, *Correspondencia con el conde de la Marck*, t. 1, página 257.(3) *Las Revoluciones de París.*(1) SIEYÈS, *¿Qué es el tercer estado?* c. II.

volos Parisienses, dice, correis á los espectáculos y á los juegos cuando vuestros enemigos trabajan por remachar vuestras cadenas... Cobardes, salid de esa vergonzosa apatía, de esa insensibilidad que llega á ser criminal: *levantaos contra el clero, la nobleza y la magistratura*. ¿No les ois reclamando sus privilegios, cuando la mayor parte de la nación se encuentra en la miseria?... Os lo repito: el clero, la nobleza y la magistratura están coaligados contra vosotros y no cederán más que á la fuerza. VOSOTROS SOIS DIEZ Y SEIS CONTRA UNO: *¿os dejaréis subyugar por vuestros tiranos, por vuestros opresores, que son cien veces más débiles, que son incapaces de luchar contra vosotros? Vuestro número sólo los destruiría*, (1).

Como se ve, los nobles eran los opresores, y entre los nobles se contaban todos los que de cerca ó de lejos pertenecían á las clases privilegiadas. Se llama al pueblo á sacudir el yugo, y se le dice que no es por la vía apacible de una reforma política por la que pondrá término á la opresión secular que sobre él pesa, porque los tiranos no cederán más que á la fuerza. Pero que los oprimidos cuenten á sus enemigos; que son diez y seis contra uno y que los aplastarán. ¿Y cuál será el precio de la victoria? ¿Será el derecho? ¿Quién piensa en el derecho! La nación se levanta en nombre de la miseria: tiene á su frente á los ricos, un centenar de miles, y los aplastará; y los despojos de los vencidos ¿no pertenecen siempre á los vencedores? Hé aquí la revolución que ruga en los profundos senos de la sociedad. Recorred las calles de París por la mañana á la hora en que los obreros van al trabajo; ved, sobre todo, los mercados, y hallaréis á cada paso y encontraréis una cuartilla de papel doblado cuatro veces; los obreros la recogen; ¿y qué es lo que leen? *Un aviso dirigido á las buenas gentes*: "Bravos Parisienses, comprended vuestras fuerzas, no os dejéis subyugar por esos Parlamentos, esa nobleza y ese clero que no forman más que un puñado de gentes con el cual no tenéis para un almuerzo", (2).

Aquel era el folleto de Sieyès, traducido en el lenguaje de los plazuelas. Pero, lo repito, ¿de quién es la culpa y sobre quién debe recaer la responsabilidad? Tenían culpa los folletistas en decir que

(1) BAUDOT, *La Francia antes de la Revolución*, p. 341.

(2) BAUDOT, *La Francia antes de la Revolución*, p. 343.

los nobles y los clérigos eran los enemigos irreconciliables del pueblo? ¿Tenían culpa en pronosticar que los opresores no cederían más que á la fuerza? Trascurren unos cuantos meses y se ven los caminos llenos de emigrados: ¿quiénes son? Pues son los privilegiados, nobles y obispos. ¿Qué van á hacer á orillas del Rhin? Á preparar la guerra contra su patria y á excitar á los enemigos de la Francia á que entren por ella á fuego y sangre. ¿Y cuál es el fin de aquella impía guerra? La restauración de los privilegios correspondientes á los antiguos conquistadores de las Galias, que van á reivindicar su propiedad. De esta manera la explotación de un gran pueblo la consideran aquellos señores como un derecho y una propiedad. ¿Pues por qué el pueblo, si es más fuerte, no se había de apoderar á su vez de los bienes de la nobleza y del clero? Su derecho es el mismo, la fuerza, y no hará más que seguir el ejemplo que le han dado sus maestros.

En 1789 apareció una hoja cuyo título era incendiario: "El primer toque de vísperas. Aviso á la cámara de los comunes de la retirada de los privilegiados". ¿Qué era lo que entendía el autor por el primer toque de vísperas? ¿No era la campanada de rebato que sonaba contra los privilegiados? Y esa campanada ¿no era una provocación á nuevas vísperas sicilianas? El tono de la hoja corresponde á su título; rebosa en ella la cólera y el odio: "Entre las numerosas plagas con que el cielo afligió á estas desdichadas comarcas no hubo nunca otra más cruel que la aristocracia de los nobles nacidos entre los desórdenes de un gobierno bárbaro. Apenas trascurre un siglo en que la historia no nos señale el furor de esas gentes; por de pronto subyugan á los pueblos, después destruyen el trono y desmembran el imperio. La fuerza les quita, por último, lo que habían tomado por la fuerza; pero entonces cambian sus baterías y entregan la nación al usurpador para participar de sus despojos. Nada hay más duro, más altivo, ni más implacable que esa turba de aristócratas". Bien se ve que es un letrado el que habla y que se dirige á gentes instruidas, puesto que persigue á la nobleza hasta en la historia, acusando á la aristocracia feudal de haber destruido en otro tiempo la monarquía. Y bien, ese letrado es tan apasionado y se muestra tan rencoroso como los libelistas de baja estofa que distribuían por las calles sus escritos, como se

arroja una mecha encendida en un polvorín. "¡Oh nobles, cuánto os odio! La nobleza es una lepra extendida por todo el cuerpo político y que ataca á todas sus partes, porque ella nos extenua y nos ultraja en la corte, en el ejército, en los tribunales; porque en todas partes la nobleza usurpa ó altera los derechos del ciudadano; porque no hay que esperar reforma ni regeneración en tanto que subsista la nobleza". ¿Qué es, pues, lo que quiere el primer toque de vísperas? La abolición de la nobleza; y para expresar su idea con toda la energía posible, recurre á una imagen nauseabunda: "Esa mezcla de orgullo y de bajeza, de astucia y de impudencia es la que hacía decir al célebre de S... "Pegada al cuerpo de la nación á la que aniquila, la nobleza se parece á esos insectos repugnantes que, apoderados del cuerpo del hombre, no abandonan su hostilidad más que con la vida". El folletista añade: "Sencilla y enérgica alusión que les debería enseñar que cuando el insecto llega á ser importuno, se libra uno de él APLASTÁNDOLE", (1).

El grito de muerte resonó en todas las bocas, porque el odio estaba en todos los corazones. En ese mismo año 89 apareció un folleto titulado: ABOLICION TOTAL de la nobleza hereditaria ó Petición urgente á la Asamblea nacional. El autor pone este epígrafe, que contiene en esencia todos los extravíos de la Revolución: "De la IGUALDAD depende la FELICIDAD". Las primeras palabras caracterizan los votos de la nación, la cual no pensaba gran cosa en la libertad; lo que quería era un cambio en las condiciones sociales: "La Revolución ha producido un cambio, y aquellos que se hallaban en la cúspide se ven ahora en el llano. Esa dichosa Revolución hace de la nobleza un vano título, tal como debe ser á los ojos de los hombres verdaderamente filósofos. Ya es tiempo, por lo tanto, de que los distritos de París, todas las ciudades y villas del reino soliciten de la Asamblea, por medio de sus diputados, que se establezca por ley fundamental de la Francia que no haya en el porvenir nobleza hereditaria, visto que ese privilegio EXECRABLE es diametralmente opuesto á la razón y á los derechos de los ciudadanos, y en atención á que esa distinción MONSTRUOSA ha sido y sería siempre el origen de todas las tiranías y de todas las injusticias para con la nación, así como la causa de to-

(1) *El primer toque de vísperas* (1789), p. 10.

das las cábalas é intrigas que se tramán para sorprender la piedad del rey." No se diría sino que la nobleza era el principio de todos los males, y que bastaba suprimirla para hacer que reinase la dicha. ¿Y qué era de la libertad? En 89 no se separaba la igualdad de la libertad; pero esta última sólo la comprendían los hombres de primera talla. En cuanto á las masas, decían, como el autor de nuestro folleto, que la dicha consistía en la igualdad. El hombre no aspira á más que á ser dichoso; y si con la igualdad hace de la tierra un paraíso, ¿para qué necesita la libertad? Oigamos al folletista parisiense: "Nosotros hemos creado nuestra libertad y hemos hecho en veinte y cuatro horas lo que no han hecho los Ingleses durante un siglo. Pensamos que la libertad, hija del cielo, solo marcha con la igualdad: que reine, pues, esa libertad social entre todos los Franceses, como reina legalmente en la Asamblea nacional, á fin de que no exista ya distinción alguna entre los súbditos del mismo rey, entre todos los hijos del mismo padre, más que aquella que nace del mérito y del talento personal."

Esto es claro, y se ve que si la nación quería y saludaba á la libertad como hija del cielo, es porque la veía acompañada de la igualdad social. Y de estos sentimientos no participaban solamente las gentes instruidas; los habitantes de los campos no leían las hojas y folletos, puesto que sus guías espirituales habían tenido el cuidado de dejarlos vegetar en la más crasa ignorancia, y, sin embargo, apenas estalló la Revolución en París, los aldeanos dieron tras de los nobles. Fué aquella una nueva jacquería; pero esa vez los jacques fueron los amos: herederos de la miseria de los villanos solariegos y siervos, habían heredado también su pasión de venganza, herencia que se había aumentado considerablemente con los siglos; y si aquella jacquería era pobre de bienes, estaba rica de odios, acumulados de generación en generación. Es preciso haber asistido á las horribles escenas que tuvieron lugar en las provincias para saber lo que entendía por revolución el pueblo de aquéllas. Las pocas palabras pronunciadas durante la noche, para siempre célebre, del 4 de Agosto no bastan á darnos á comprender las tremendas iras que fermentaban en las masas. Oigamos á un contemporáneo:

"Se alimentaba el furor del pueblo por medio de estampas arrojadas á manos llenas en los sitios públicos á la multitud. Ciento cincuenta castillos